

serles útiles! Pero no habia que pensar en esto por entonces. Jucundo creia que ninguno de ellos, en el estado de padecimiento y de peligro en que se encontraban, se verian sin emocion; que su mútuo amor les obligaria á abogar el uno por el otro, persuadiéndoles á dar ejemplo, cada uno por su parte, de una concesion á la cual se exhortarian recíprocamente; y conforme á esta excelente consideracion filosófica, arregló su plan de operaciones.

## CAPITULO XXII.

Agelio habia estado encerrado treinta y seis horas en su prision subterranea, casi enteramente privado de luz, con un banco por lecho, una alfombra gruesa por cobertor, y por alimento una abundante racion de pan, vino y aceitunas. Habia oido distintamente las vociferaciones y los alaridos de los amotinados cuando, el dia de su arresto, pasaron junto al templo de Astarte; pero le fué imposible formar ninguna conjetura, tanto sobre lo que habia pa-

sado allí, como sobre la suerte de Cecilio. Tampoco sabia lo que iba á ser de él, pues á juzgar por las formalidades con que se le recibió al entrar en la casa, se hallaba efectivamente en manos de la justicia, la cual parecia haberle concedido por cárcel, como un favor, la habitacion de su tio. Un esclavo, confidente de Jucundo, le condujo la segunda noche á un pequeño gabinete, alumbrado al través del techo y situado en el piso bajo, á espaldas de la casa; y al siguiente dia, que era el segundo despues del motin, acudió allí su tio para tener con él una conversacion confidencial.

Empezó Jucundo anunciándole que estaba preso de órden del gobierno, pero que esperaba, á causa de su influjo con las autoridades, poder conseguirle la libertad y hacer que saliese de Sicca sin perjuicio de su honor. Le dijo que habia arreglado todo esto en secreto, y que al tratarle de aquel modo, no habia llevado otro objeto que salvar las apariencias con los *apparitores* que le acompañaban á su llegada. Entonces le notició que la muchedumbre habia estado en su choza, y allí se

habia apoderado de un individuo, que él suponía fuese su cómplice ó amigo, el cual, cerca ya de la ciudad, habia logrado escaparse.

No sabia mas en el asunto; pero de todos modos aquel incidente habia producido el mejor efecto, pues se creia generalmente en Sicca que el preso habia sido Agelio. Como era imposible negar por mas tiempo que fuese cristiano, aunque no lo conceptuaba él así, habia apoyado, ó mas bien confirmado, semejante creencia; y cuando oyó á algunas personas, que tenian motivos de estar bien impuestas, asegurar que el criminal contaba mas del doble de la edad de su sobrino, y que su físico no se le parecia en nada, debiéndosele tomar mejor por un esclavo, por el esclavo de Agelio, el mismo que habia pertenecido á su padre Estrabon, Jucundo habia afirmado atrevidamente que su sobrino, en aquel trance, se habia servido de uno de esos poderosos hechizos, que era fama poseian los cristianos, apareciendo bajo distinta figura de la suya, para no ser descubierto. Había le salido mal el cálculo, en el mero hecho de hallarse preso; pero la culpa no era

del hechizo, pues que así y todo, le habia ayudado quizá á librarse de las manos de sus aprehensores. No obstante, habia dicho al pueblo que Agelio se habia marchado, alegrándose de ello y esperando no volver mas á verle.

—Pero, como ves, hijo mio, añadió para concluir, todo aquello no fué mas que habladuría propia de las circunstancias; pues yo espero que vivirás aquí muchos años con buena opinion y crédito. Deseo que cierres mis ojos á la hora de la muerte, y que seas mi heredero; pues el bribon de Juba no me inspira la menor confianza.

Agelio dió las mas espresivas gracias á su tio por los generosos y acertados esfuerzos que habia hecho en su favor; no juzgando que en el porvenir que acababa de bosquejarle hubiese que alterar nada. Creia, sin embargo, que Jucundo se forjaba ilusiones, al espresar su deseo de verle junto á él y cuidarle en su ancianidad, pues se figuraba que no se le permitiria volver á Sicca. Debía buscar algun apartado rincon del mundo, ó á lo menos alguna ciudad donde no se le conociese. Todos en Sicca le señalarian como cristiano; y aun cuando el popu-

lacho no se alzase contra él, tropezaria con innumerables obstáculos y dificultades, sin compensacion de ninguna especie; por otra parte, careceria de todo influjo. Al contrario, en medio de una poderosa y estensa comunidad de cristianos, trabajaria y se ocuparia en propagar la fé como uno de tantos, desconocido y fuerte con el apoyo de sus hermanos. En tal concepto, propuso vender cuanto antes sus bienes y mueblaje, y sustraerse de la vista de los hombres, á lo menos por algun tiempo.

—¿Segun eso, crees que esta persecucion acabará pronto? preguntó Jucundo.

— Juzgo por lo pasado, respondió Agelio; hasta aquí ha habido épocas de prueba y de reposo, y supongo que lo mismo sucederá ahora. Además, hasta aquí, mientras un pueblo ha estado exento de la violencia de nuestros enemigos, otro ha sido su víctima.

—Una nueva época ha surgido, creeme, dijo Jucundo gravemente. Las conmociones populares no se reproducirán. Lo que aconteció hace dos días, es una muestra de lo que las aguarda; han recibido el golpe fatal. El Estado, la mis-

ma Roma, ¡gracias á los dioses! se ha encargado del asunto; y es ciertamente un poder mucho mas temible que los miserables mozos de cordel y vagos con quienes teniais que habéros las hace dos dias. La gran Roma ha vuelto por último en sí, hijo mio; y se conduce ahora cual debiera haberse conducido mucho tiempo antes de que nacieses: entonces, bien lo sabes, y sacudió la cabeza, no habrias tenido que elegir ni te asaltaría la tentacion de abrazar semejante locura.

—Pues bien, contestó Agelio, si ha surgido una nueva época, me interesa mas que nunca alejarme de aquí.

—Sé ahora un jóven sensato, como lo eres siempre que te agrada serlo, dijo su tío; mira las cosas frente á frente, y obra. No te es dado luchar con lo imposible, ni puedes cambiar los hechos á tu antojo. Hay religiones legales, las hay ilícitas. El cristianismo es ilícito: no se le tolera; lo cual no es culpa tuya, pues que no está en tu mano remediarlo, aunque lo desees. Ya has mostrado de lo que es capaz tu pundonor, y que sabes portarte como hombre y sufrir, cuando te agrada. Pero Roma no

cede, y es preciso que adoptes el mejor partido. A tí te cumple ceder; pues eres demasiado bueno (no es lisonja, digo lo que siento), demasiado amable, excelente y apacible para pertenecer á tal supersticion.

—Hay algo mas fuerte que Roma, dijo el sobrino casi con dureza.

—¡Agelio! respondió Jucundo con tono seco, no debes hablar así en esta casa, ni toleraré ese lenguaje bajo mi techo. No lo toleraré, ¿entiendes? Ve á osententar tu traicion á otra parte. . . . ¡maldita terquedad! dijo para sí; pero, debo tener en cuenta lo que hago. En seguida añadió en alta voz: ¡Bah! nos hemos estado injuriando, y nada se saca de ahí, pues las injurias no son argumentos. Sé razonable, si te es dado. ¡No obra al presente el gobierno imperial de una manera seria? Sí, y mas vale tarde que nunca. Ahora bien, atiende á mis palabras; dentro de cinco años, á lo mas, te lo repito, de hoy en cinco años, no habrá un solo cristiano en todo el imperio. Y sus ojos centelleaban. ¡Oh dioses! añadió, Roma, Roma ha barrido de la tierra con su soplo las conspiraciones, ligas y tramas urdidas contra ella, sin

sucumbir nunca; y ahora hará lo mismo con ese despreciable enemigo de raza judía.

—¿En qué somos enemigos de Roma, Jucundo? preguntó el jóven; ¿por qué das siempre eso por sentado?

—¡Que lo doy por sentado! replicó Jucundo: ¿acaso no es evidente? Supongo que son enemigos de un Estado, aquellos á quienes el Estado califica de tales. Además, ¿qué sirve disputar sobre ese punto? ¡Se os ve jurar por el genio del emperador, invocar á la diosa Roma, sacrificar á Júpiter? De ningún modo; ni una palabra, ni una señal, ni un grano de incienso que lleven tal objeto. ¡Os desviais del camino recto para insultarnos; y luego venis con vuestras protestas de lealtad! ¡Nos llenais de pérfidos ultrajes, y quereis que en recompensa os besemos en las mejillas! Unas cuantas ceremonias inocentes, nada mas os pedimos; no tratamos de teneros un lazo; no usamos de vuestras palabras contra vosotros mismos; de antemano os esponemos el significado, todo, sin omitir nada. No es como si os sujetásemos á la creencia de la escuela; no os decimos: Si quemais incienso, ha-

ceis profesion de creer que el viejo Júpiter tirita de frio en la cima del Olimpo; no os decimos: Jurais por el genio de César, de consiguiente César *tiene* un genio negro, blanco ó manchado. No; nosotros os esplicamos el sentido del acto; es una mera espresion de lealtad al imperio; y resistiéndooos á ella, os confesais, *ipso facto*, desleales. ¡Es incomprendible tal conducta! El semblante de Jucundo se habia puesto rojo.

—Querido tio, dijo Agelio, por mi honor te juro que el pueblo á quien detestas, no cesa de rogar por la prosperidad del imperio. movido, no solo del deber, sino del interés.

—¡Rogar! ¡Rogar! ¡Locuras, neeedades! exclamó Jucundo, casi remedando á su sobrino; tan indignado estaba. ¡Rogar! ¿Y quién os agradece vuestros ruegos? ¿Qué bienes producen?... Ahí es nada; ¡ruegos! ¡ah! ¡ah!... Un poco de adhesion al emperador vale mas que todos los ruegos del mundo. Te diré lo que esto significa, Agelio: te has entregado, lo siento amargamente, pero no cabe duda; te has entregado en cuerpo y alma á una cuadrilla de traidores, que deberian ser espulsados, y que lo serán,

por medio del humo, como un enjambre de avispas. Tú no sabes palabra; tú no estás mas iniciado en sus secretos que el miserable esclavo ¡pobre bestia! á quien despedazaron ayer. (¡Ah! ¡lo ignorabas?) Sí, á quien despedazaron delante de la casa del Flámen. Hay otros muchos que se encuentran en tu mismo caso. Pero ¿no ves? y se dió un golpecito significativo en la cabeza: hay títeres y alambres para moverlos. Pocos saben lo que pasa; y vuestros gefes no desistirán de su criminal empeño (á menos que no los destruyamos, como sucederá), mientras no consigan la total ruina del Estado. Pero Roma acabará con ellos. Vamos, sé razonable; voy á esponer los hechos á mi pobre, querido y bien intencionado hijo. ¡Oh! ¡que no vieses tú las cosas como yo las veo! ¡Cuántos temores me causas! Yo...

—Amado tio Jucundo, exclamó Agelio, aseguro que me es enteramente sensible....

—Muy bien, muy bien, le interrumpió á su vez el tio; lo creo, sí, lo creo; pero, oye por favor. A cada instante, continuó con tono mas mesurado y bajo, el secreto se deja entrever. Un tal

Tertuliano, de Cartago, que existia hace cincuenta años, escribió libros que.... ¡Oh! ¡cuánto daño han causado antes de ahora los libros! Pero lee esos libros. Léelos y medita sobre lo que contienen. Ese hombre tiene la insolencia de decir al procónsul, que él y todo el gobierno, la ciudad y toda la provincia, el mundo romano entero, emperadores y súbditos, todos, menos ese miserable ható de tunos á que pertenece, están destinados, despues que mueran, al fuego eterno. ¡Eso es ser leales! Pero el absurdo en este caso es aun mayor que la malevolencia. Con justicia, pues, se les apellida ateos y misántropos. Nuestros soldados, nuestros estadistas, nuestros magistrados y jueces, nuestros senadores, toda la sociedad, los adoradores de los dioses, los que se adornan la cabeza con guirnaldas, los que gustan de pasar una vida alegre, por último, nuestros grandes personajes históricos, los Escipiones, los Décios, Bruto, César, Caton, Tito, Trajano, Antonino, habitan, no en los Campos Elíseos (si existen tales Campos), sino en el Tártaro, del cual no saldrán nunca.

—Ese hombre no tiene nada que ver

con nosotros, tio, contestó Agelio; estaba dotado de gran talento, pero riñó con nosotros y nos dejó.

—No me cuadran las distinciones demasiado sutiles, dijo Jucundo; tus parciales han reñido quizá por no convenir en el significado de una palabra; pero nosotros no podemos abrir en dos un cabello. Lo mismo acontece con vuestro hierofante actual en Cartago, Cipriano. Me han asegurado que nada escede la extravagancia de sus ataques á los dioses de Roma, á Rómulo, á los Augures, á los Anciles, á los cónsules, á todo lo que enorgallece á un romano. Respecto de la misma ciudad imperial, apenas ha habido uno de sus grandes sacerdotes que no haya muerto á manos del verdugo, como convicto. Esos orgullosos gefes toman el título de *Pontifex Máximus*, sin que nada les arredre. Ahora bien, hijo mio, atiende á mis palabras: lleva, si quieres, el absurdo de tu misantropía hasta el extremo de aborrecer y rechazar los usos inocentes y agradables, las costumbres civilizadas y venerables de la sociedad; en cuanto á mí, no me inquietaré por eso. Pero, aun hay mas. Semejante misantropía es

prudencia, y prudencia absoluta, cuando se la compara con la presuncion y audacia que movió á los Titanes á retar al Soberano del mundo. ¡Probad, pues, ante todo vuestras fuerzas derribando el monte Atlas!

—Te despachas á tu gusto, Jucundo, respondió su sobrino; y así no haces mas que girar en el mismo círculo. No es posible convencerte, si fijas primero las premisas, y luego pasas á probarlas con tu conclusion.

—Querido Agelio, dijo su tio sacudiendo gravemente la cabeza, sigue el consejo de un anciano. Cuando tengas mas edad, conocerás mejor lo malo y lo bueno, y entonces te arrepentirás de haber desoido las palabras de uno que, á la circunstancia de amigo sincero tuyo, reúne la de su larga esperiencia. Renuncia á tí mismo y fiate de mí. ¡Por qué, hallándote en la primavera de tu vida, has de seguir la suerte de hombres desesperados? ¡Acaso porque tu débil padre, en sus últimos dias, se dejó coger en el lazo? ¡En verdad que no creo deseches toda esperanza y la vida entera por una cosa tan miserable....! Pero, ¿cómo es que no dices nada? Me

dejas hablar y no proferes una sola sílaba en tu defensa. ¿De ese modo me muestras tu cariño?

Agelio, interpelado tan directamente, contestó:

—¡Ay, amado tio! será muy difícil que nos entendamos, pues, como ves, partimos de dos puntos diametralmente opuestos. ¡Cómo he de llegar yo á la misma conclusion que tú? Lo único que puedo hacer es esponerte la mia. Me hablas de esperanza y de vida, pues bien, mi esperanza y mi vida, mi alegría y consuelo, mi deseo, mi tesoro se cifra en ser cristiano.

—¡Esperanza y vida! esclamó Jucundo. ¡Dioses inmortales! ¡Cifrar la vida y la esperanza en ser cristiano! ¡Habré oido bien? Pero, jóven, la cárcel, en vez de engendrar esperanza, arrastra en pos de sí la desesperacion; la cuchilla, en vez de dar vida, dá muerte. ¡Por Esculapio! ¡Vida y esperanza! Me cortas la respiracion, Agelio. ¡Vida y esperanza! Necesitas tres Anticires. ¡Vida y esperanza! Si fúses viejo, si estuvieses enfermo y abandonado de los médicos, si solo te quedase un soplo de vida, entonces podrias ser lo que se te anto-

jara: nada me importaría de ello. Pero tus cabellos están aun negros, tus mejillas redondas, tus miembros robustos, tu voz llena; ¡y vas ha sacrificar todo esto á Hécate! ¿Tu buen genio ha alimentado ese saludable cuerpo, te ha dado esa mirada llena de fuego, esos vigorosos brazos, ese ancho pecho, esa fuerza de riñones, esa hermosa estatura, solo para que sirva de pasto á los cuervos, ó para ser despedazado por el tormento, quemado ó colgado de la horca? ¿Así muestras tu gratitud á la naturaleza? ¿En cuánto han estimado tu sacrificio? ¿Por cuánto te has vendido? Habla, amigo, habla. ¿Estás mudo además de demente? Responde. ¿Estás mudo, eh?

—¡Oh Jucundo! exclamó Agelio, irritado al ver su poca habilidad para expresarse ó para sostener un argumento: ¡si supieras tan solo lo que es poseer la Verdad! Los cristianos han encontrado la Verdad, la Eterna Verdad, en un mundo donde reina el error. Tal es su venta, su salario. ¿Puede darse otro mayor? ¿Puedo abandonar la Verdad? Pero todo esto es Púnico ó Bárbaro para tí.

Estas palabras de Agelio detuvieron á Jucundo un instante, cual si tratase de comprender, no tanto el sentido de lo que su sobrino le habia dicho, como las palabras en sí mismas. Parecia abortito; y aunque empezó desde luego á articular la respuesta, necesitó de muchas sentencias para recobrar su locuacidad acostumbrada. Despues de una ó dos exclamaciones, dijo:

—¡Conque la verdad, eh? La verdad es el precio de la venta, ¿digo bien? ¡La verdad! Pero ¿qué viene á ser la verdad? ¿A qué es á lo que das ese nombre en el cielo y en la tierra? ¿Quién te ha enseñado esa jerigonza? ¿Qué estupidez oriental te ha trastornado el juicio? ¡La verdad! prosiguió, fijando sobre él una mirada que denotaba á la par el triunfo y la impaciencia. ¡La verdad! ¡Ayúdete Júpiter, hijo mio! . . . ¡La verdad! ¿Llenará la verdad mi copa de meliloto? ¿Me coronará de flores! ¿Me recreará con sus cantos? ¿Qué placeres es capaz de proporcionar la verdad? ¿Puede verter oro en mi ceñidor, ó refrescar mis sienes cuando la fiebre me aqueja? ¿Puede darme de una hermosa casa de campo con algunos centenares de esclavos ó

elevarme al duunvirato? ¡Que me haga ese regalo, y la adoraré! Entonces será mi divinidad, y la tendré en mas estimacion que á la Fortuna, al Destino, á Roma, á todas las divinidades juntas. Pero á mí me gusta ver, tocar, sentir, manosear, pesar y medir lo que se me promete. Quiero tener una muestra, y algo dado á cuenta; pues soy demasiado viejo para dejarme arrastrar de una loca esperanza. Comer, beber y divertirme; tal es mi filosofía, tal mi religion; y no conozco ninguna que le lleve ventaja. Hoy nos toca á nosotros y mañana á nuestros hijos.

Despues de una pausa, añadió con amargura:

— Si la verdad pudiese sacar á Calista de la prision, en vez de arrojarla en ella, valdria entonces algo á mis ojos.

— ¡Calista presa! esclamó Agelio asombrado; ¿qué dices, Jucundo?

— Sí, demasiado cierto es, respondió éste; Calista ha sido presa, por acusársela de profesar el cristianismo.

— ¡Calista! ¡El cristianismo! dijo Agelio fuera de sí: ¿no me engañan mis oídos? ¡Cristiana! ¡Ella! ¡Oh! ¡imposible, amado tío! Te estás burlando de mí. Di-

me, querido, queridísimo Jucundo, ¿qué significa esa, esa pasmosa nueva?

— Tú debes saber mejor que yo lo que significa, contestó Jucundo. Pero ¿quieres saber mi opinion? óyela. Tan cristiana la creo como á mí; lo que sí se me figura es que ha concebido un ciego amor hácia tí, y que imagina probablemente causarte un placer, ó aumentar el interés que por ella sientes, ó compartir tu suerte (no pretendo esplicar los caprichos femeniles), aparentando ser lo que no es. Si no, quizá ha ya obrado así por despecho y por espíritu de contradiccion. Repito que es imposible responder de una muger.

— ¿Y contra quién seria ese despecho? ¿Quién la ha contrariado? esclamó Agelio, que habia perdido por el momento su sangre fria. ¡Oh Calista! ¡Calista presa y por acusacion de cristianismo! ¡Oh! ¡si fuese en efecto cristiana! Pero ¿si no lo es? y repitió aterrado: ¿si no lo es, y sin embargo la han preso por tal? ¿Cómo haremos para sacarla de allí, tío? ¡Imposible! No, no es cristiana; de ningún modo lo es. ¡Qué pasmosa noticia!

— Opino como tú, y apuesto la mejor estatua de mi almacen á que no es cris-

tiana, dijo Jucundo. No obstante, ¿qué quieres, si su perversidad llega hasta el punto de afirmar que lo es? Lo cual no tiene nada de raro. Pero, ¿qué remedio? Si lo asegura, es preciso creerla. ¿Qué se puede hacer en eso?

—¡Imposible! exclamó Agelio, que esa dulce y tierna jóven esté en tan horrible sitio. Y al asaltarle semejante idea le costó trabajo contener un grito agudo. ¿Qué significa todo esto? Querido tío, no me dejes entregado á tal incertidumbre. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? ¿Qué recurso nos resta?

Jucundo creyó que le tenía ya entre sus manos.

—Uno, respondió, que á la verdad no es muy difícil. Ambos convenimos en que Calista no es cristiana, si bien se complace en decir que lo es, ú otra cosa análoga. Ahora, pues, yo conozco una persona que ejerce sobre ella el influjo suficiente para hacerla convenir en la verdad.

—¡Ah! exclamó Agelio levantándose de improviso, como si le hubiese picado un áspid.

Jucundo guardó silencio, dejando que

el veneno del áspid se infiltrase lentamente en la sangre de su sobrino.

Agelio se cubrió los ojos con las manos, y apoyando los codos en las rodillas, empezó á moverse, como un hombre atacado de un malestar violento.

—Repito lo dicho, observó al fin Jucundo; creo que Calista imagina que cierto jóven debe probablemente hallarse en una situacion penosa, y que está decidida á compartir con él esa situacion.

—Pero no es verdad, exclamó Agelio con gran vehemencia, no es verdad.... Si realmente no es cristiana, ¡oh Señor mío! de seguro no la matarán como si lo fuese.

—Pero, dijo Jucundo, si está decidida á correr el mismo riesgo que tú, y quiere ser cristiana porque tu lo eres, ¿qué remedio? La solucion de la dificultad está en tus manos.

—Calista no me ama, exclamó Agelio; no me ha dado ningun motivo para creerlo. Sí, estoy seguro de que no me ama. Esa jóven nada tiene que ver conmigo, y así no debo ser yo el móvil de su conducta. Ningun influjo ejerzo sobre ella, y me esforzaria en vano en persua-